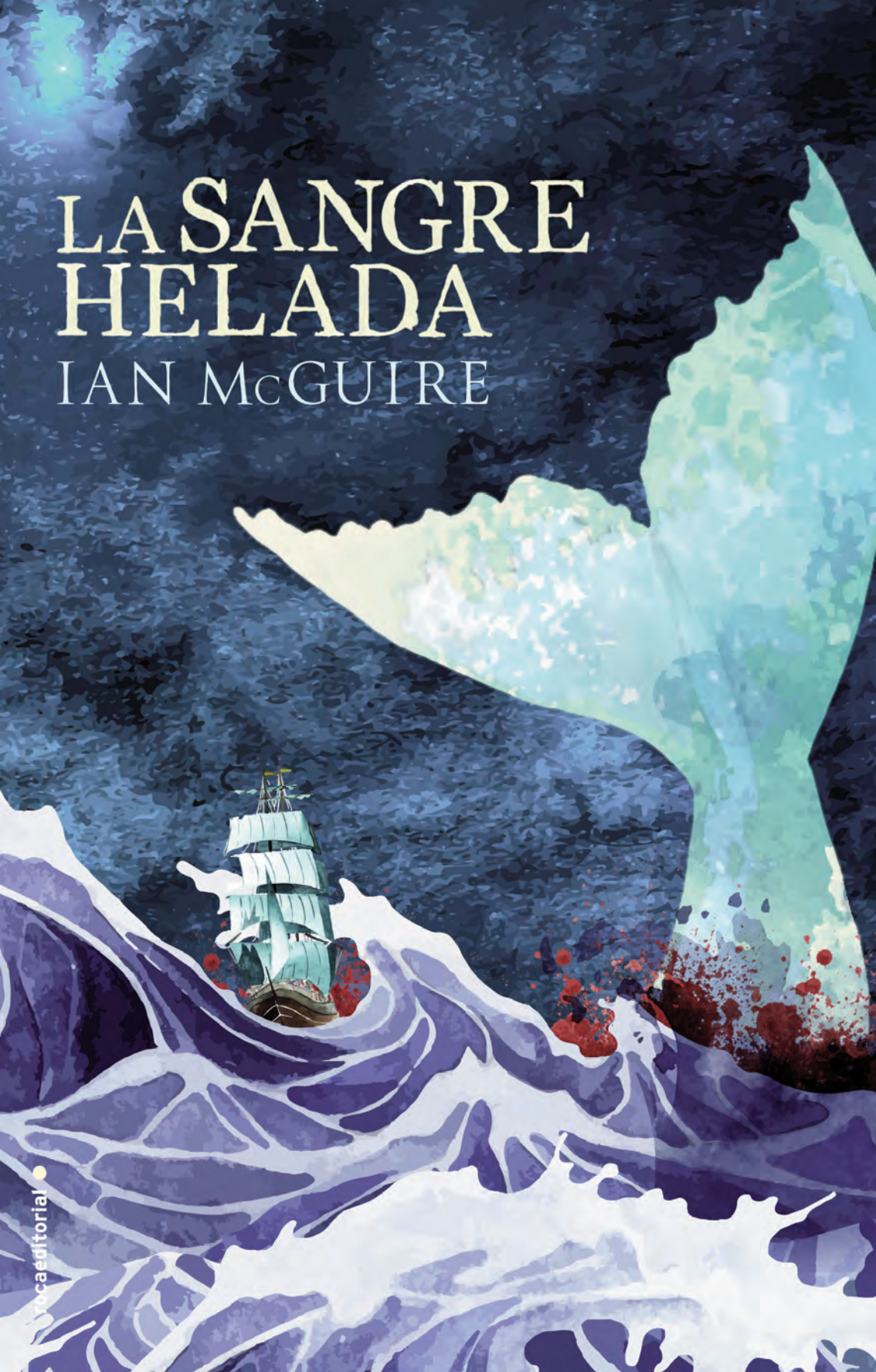


# LA SANGRE HELADA

IAN MCGUIRE



# La sangre helada

Ian McGuire

Traducción de Santiago del Rey



**Rocaeditorial**

# LA SANGRE HELADA

Ian McGuire

Un barco ballenero del siglo XIX zarpa en dirección al Círculo Polar Ártico con un asesino a bordo.

Henry Drax es el principal arponero del *Volunteer*, un barco ballenero que zarpa desde Yorkshire para dirigirse a las ricas aguas de caza del Círculo Polar Ártico. A bordo del barco está el joven e inexperto Patrick Sumner, un cirujano y antiguo miembro del ejército que no tiene otra alternativa que embarcarse como médico en lo que será un violento, sucio y nefasto viaje. En su época como soldado en la India, durante el asedio de Delhi, Sumner llegó a creer que había experimentado en su totalidad las profundidades del mal, y que el viaje en este ballenero podía ser el salvoconducto final hacia una vida en libertad. Lo que no sabe Sumner es que en el barco ballenero con el que cruzan el invierno ártico se esconde un sangriento asesino.

Un *thriller* brillantemente oscuro que atrapa desde la primera página y que llevará al lector a un mundo salvaje, primigenio y violento, como hizo Cormac McCarthy en *Meridiano de sangre*.

## ACERCA DEL AUTOR

**Ian McGuire** creció cerca de Hull, en Inglaterra. Estudió en la Universidad de Mánchester y en la Universidad de Virginia, en los Estados Unidos. Es el cofundador y director del Centro de Nueva Escritura de la Universidad de Mánchester. Es crítico literario y sus relatos han sido publicados en prestigiosas revistas como *Chicago Review* y *The Paris Review*. En 2007 publicó la novela *Incredible Bodies* en la editorial Bloomsbury. Pero ha sido *La sangre helada* la obra que lo ha encumbrado como uno de los autores revelación de las letras inglesas, y que ha tenido una gran acogida por parte de la crítica y de otros escritores como Hilary Mantel y Martin Amis. Esta intensa novela, corpórea, carnal y visceral, pone en evidencia la rudeza y la condición primitiva de todo ser humano.

## ACERCA DE LA OBRA

«Una novela que nos lleva hasta los límites de la carne y la sangre. Absolutamente convincente, brillante, viva e insidiosamente ingeniosa. *La sangre helada* es un logro sorprendente.»

MARTIN AMIS

«McGuire tiene un extraordinario talento para imaginar y recrear el momento, ofreciendo agudos y precisos detalles. Escribe acerca de la violencia con un color implacable e, incluso, con deleite.»

COLM TÓIBÍN

«Una apasionante historia en un mundo dominado por la violencia y la perversidad. Cierta débil esperanza ilumina el paisaje de sal, sangre y hielo en este *thriller*. Una magistral recreación de un mundo perdido que parece habitar solamente en los límites de la imaginación humana.»

HILARY MANTEL

«*La sangre helada* recrea un tiempo pasado y un ambiente palpable. Ian McGuire muestra con una belleza inquietante la oscuridad y violencia de la maldad.»

RON RASH, *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

«Un viaje a las profundidades de la oscuridad.»

*THE GUARDIAN*

A Abigail, Grace y Eve

Ahí va.

Arrastrando lentamente los pies, el hombre sale de Clappison's Square a Sykes Street y husmea el aroma abigarrado del aire: trementina y harina de pescado, mostaza y grafito, la fosa de costumbre cavada en la tierra, el hedor matinal a orín de los bacines recién vaciados. Suelta un bufido, se restriega el pelo erizado y se reacomoda la bragueta. Se husmea un momento los dedos y luego, muy despacio, se los chupa uno a uno, apurando los últimos vestigios, sacándole todo el partido a su dinero. Al final de Charterhouse Lane, dobla hacia el norte por Wincolmllee y pasa frente a la taberna De La Pole, por delante de la fábrica de velas de esperma y el molino de aceite de semilla. Por encima de los tejados de los almacenes, ve oscilar el extremo superior de los mástiles; oye los gritos de los estibadores mezclados con los golpes de los mazos de la tonelería cercana. Camina rozando con el hombro el pulido ladrillo rojo. Pasa un perro corriendo y luego una carretilla cargada hasta los topes de madera toscamente cortada. Inspira de nuevo, se pasa la lengua por las almenas irregulares de sus dientes. Percibe un nuevo impulso, discreto pero insistente, creciendo en su interior: una nueva nece-

sidad que pugna por ser satisfecha. Su barco zarpa al amanecer, pero antes debe hacer algo más. Mira alrededor; se pregunta qué es. Repara en el rosado olor a sangre de la carnicería porcina, en el bamboleo mugriento de las faldas de una mujer. Piensa en la carne, ya sea animal o humana. Vuelve a pensar. No, no es esa clase de anhelo, decide, todavía no; es el otro, el más ligero, el menos acuciante.

Da media vuelta y retrocede hacia la taberna. La barra está casi vacía a esta hora de la mañana. Hay un fuego bajo en la chimenea y un olor a fritanga. Hurga en el bolsillo, pero lo único que encuentra son migajas de pan, una navaja y una moneda de medio penique.

—Ron —dice.

Empuja la moneda hacia el otro lado de la barra. El tabernero baja la mirada hacia la moneda y meneá la cabeza.

—Salgo por la mañana —explica él— en el *Volunteer*.  
10 Te daré un pagaré.

El otro suelta un bufido.

—¿Es que tengo cara de idiota? —dice.

El hombre se encoge de hombros, piensa un momento.

—Entonces, a cara o cruz. Esta buena navaja contra un dedo de ron.

Pone la navaja sobre la barra y el tabernero la coge y la examina con todo cuidado; despliega la hoja y la prueba sobre la almohadilla del pulgar.

—Es una navaja estupenda —le dice él—. Nunca me ha fallado.

El tabernero saca del bolsillo un chelín y se lo muestra. Luego lo lanza al aire y lo atrapa con una fuerte palmada. Los dos se inclinan a mirar. El tabernero asiente, coge la navaja y se la guarda en el bolsillo del chaleco.

—Y ahora vete al carajo —dice.

La expresión del hombre no se altera. No da señales de irritación ni de sorpresa. Es como si perder la navaja for-

mara parte de un plan más complejo que solo él conoce. Tras unos instantes, se agacha, se quita sus botas marineras y las coloca una junto a otra sobre la barra.

—Lánzala otra vez —dice.

El tabernero pone los ojos en blanco y le da la espalda.

—No quiero tus jodidas botas —dice.

—Ya tienes mi navaja —dice el hombre—. Ahora no puedes echarte atrás.

—No quiero unas jodidas botas —repite el tabernero.

—No puedes echarte atrás.

—Hago lo que me sale de los cojones —dice el tabernero.

Acodado en la otra punta de la barra, hay un setelandés observándolos. Lleva un gorro de punto y unos calzones de lona rebozados de mugre. Tiene los ojos enrojecidos y los párpados entornados por la borrachera.

—Yo mismo te invito a un trago —dice— si cierras la puta boca de una vez. 11

El hombre se vuelve a mirarlo. Él ha peleado otras veces, en Lerwick y Peterhead, con tipos de las Shetland. No pelean con mucha maña, pero son tenaces y cuesta acabar con ellos. Este lleva un cuchillo ballenero en el cinturón y tiene un aire fogoso y huraño. Tras un silencio, asiente aceptando la invitación.

—Te lo agradezco —dice—. Me he pasado toda la noche de putas y tengo seco el gaznate.

El setelandés le hace una seña al tabernero, que, con ostentosa mala gana, sirve otro vaso. El hombre retira las botas de la barra, coge su bebida y va a sentarse a un banco junto al fuego. Al cabo de unos minutos, se tumba con las rodillas pegadas al pecho y se queda dormido. Cuando despierta, el setelandés está en una mesa del rincón, charlando con una puta: una gorda, con el pelo oscuro, la cara moteada y unos dientes verdosos. El hombre la reconoce,



aunque ahora no recuerda su nombre. ¿Betty?, se pregunta. ¿Hatty? ¿Esther?

El setelandés llama a un chico negro que está agazapado en el umbral, le da una moneda y le dice que traiga un plato de mejillones de la pescadería de Bourne Street. El chico, de nueve o diez años, es delgado y tiene unos grandes ojos oscuros y la piel de color marrón claro. El hombre se incorpora en el banco y llena su pipa con las últimas hebras de tabaco que le quedan. La enciende y mira alrededor. Se ha despertado renovado y dispuesto. Siente los músculos sueltos bajo la piel, el corazón contrayéndose y relajándose en su pecho. El setelandés trata de besar a la mujer, pero ella lo rechaza con un gritito codicioso. «Hester», recuerda el hombre de golpe. Se llama Hester y tiene una habitación sin ventanas en James Square, con una cama de hierro, un jarro y una palangana, y una pera de goma para limpiarse el semen. Se pone de pie y se acerca a la mesa donde están los dos sentados.

12

—Invítame a otro trago —dice.

El setelandés lo mira un momento con los ojos entornados, menea la cabeza y se vuelve hacia Hester.

—Un trago más y será la última vez que te moleste.

El otro no le hace ni caso, pero él no se mueve. Tiene un tipo obtuso y desvergonzado de paciencia. Siente que su corazón se infla y se encoge en su pecho; percibe el hedor habitual de la taberna: pedos, tabaco de pipa, cerveza derramada. Hester levanta la vista hacia él y suelta una risita. Sus dientes, más que verdosos, son grises, y su lengua tiene el mismo color que el hígado de cerdo. El setelandés saca del cinturón el cuchillo ballenero, lo deposita sobre la mesa y se pone de pie.

—Prefiero cortarte las jodidas pelotas antes que pagarte otro trago —dice.

El setelandés es larguirucho y ágil. Lleva el pelo y la



barba embadurnados de grasa de foca y apesta a camarote hacinado. El hombre empieza a comprender ahora lo que debe hacer, a intuir la naturaleza de sus deseos y la forma precisa de su satisfacción. Hester suelta otra risita. El setelandés lo mira fijamente, coge el cuchillo y le pone la hoja en el esternón.

—Podría cortarte también la puta nariz y echársela a los jodidos cerdos de ahí atrás.

Se ríe de su propia ocurrencia y Hester se ríe con él.

El hombre se mantiene impasible. No es este aún el momento que está esperando. Esto es solo un insulso pero necesario interludio, una pausa. El tabernero saca un garrote de madera y levanta con un chirrido la trampilla de la barra.

—Tú —dice, señalándolo— eres un gandul de mierda y un maldito mentiroso, y quiero que te largues.

El hombre mira el reloj de la pared. Acaban de dar las doce del mediodía. Le quedan dieciséis horas para hacer lo que sea necesario. Para satisfacerse de nuevo. El anhelo que siente no es más que su cuerpo manifestando lo que necesita, hablándole: a veces entre susurros, otras mascullando, otras chillando. Nunca permanece callado; si un día enmudece, sabrá con certeza que ha muerto, que otro carbonazo lo ha matado por fin, y entonces todo habrá terminado.

Da un paso hacia el setelandés de improviso, para que sepa que no le teme, y luego vuelve a apartarse. Mira al tabernero, alzando la barbilla.

—Ya puedes meterte el puto bastón por el culo —dice.

El tabernero le señala la puerta. Cuando el hombre está saliendo, llega el chico con un plato de estaño lleno de mejillones humeantes. Se miran un momento; el hombre siente un nuevo latido de certidumbre.

Camina otra vez por Sykes Street. No piensa en el Vo-

14 *lunteer*, ahora amarrado en el muelle y a bordo del cual lleva una semana haciendo labores de carga y reparación, ni tampoco en el maldito viaje de seis meses que le aguarda. Solo piensa en el momento presente: Grotto Square, los baños turcos, la casa de subastas, la cordelería, los adoquines bajo sus pies, el cielo agnóstico de Yorkshire. Él no es impaciente o nervioso por naturaleza; sabe esperar cuando hace falta. Busca un muro donde apoyar la espalda y se sienta. Cuando tiene hambre, chupa una piedra. Transcurren las horas. La gente que pasa lo mira, pero no dice nada. Pronto llegará el momento. Observa cómo se alargan las sombras, cómo llueve un poco y deja de llover, cómo pasan las nubes ateridas por el cielo húmedo. Casi anochece cuando los ve por fin. Hester va cantando una balada; el setelandés lleva una botella de grog en la mano y arrastra torpemente a la mujer con la otra. Los ve girar hacia Hodgson's Square. Aguarda un momento y luego corretea hasta la esquina y dobla por Caroline Street. Todavía no es de noche, pero ya está lo bastante oscuro, piensa. Las ventanas del templo relucen en la penumbra; hay un olor a carbonilla y a menudillos en el aire. Llega a Fiche's Alley antes que ellos y avanza con sigilo. El patio está desierto. Hay un cordel con ropa roñosa tendida y ese intenso hedor a amoníaco del orín de caballo. Se esconde en un oscuro portal con un trozo de ladrillo en la mano. Cuando Hester y el setelandés entran en el patio, espera un momento para asegurarse y luego le machaca al tipo la parte posterior de la cabeza con el ladrillo.

El hueso cede con facilidad. Sale un buen chorro de sangre y suena un chasquido similar al de una rama al partirse. El setelandés cae sin sentido hacia delante y se rompe la nariz y los dientes contra los adoquines. Antes de que Hester pueda gritar, el hombre le pone el cuchillo ballenero en la garganta.

—Te abriré en canal como a un jodido bacalao —le asegura.

Ella lo mira con ojos enloquecidos y levanta sus manos grasientas en señal de rendición.

El hombre le vacía al setelandés los bolsillos, se queda con el dinero y el tabaco, y arroja a un rincón lo demás. Hay un cerco de sangre que va dilatándose alrededor de la cara y de la cabeza del tipo, aunque todavía alienta débilmente.

—Tenemos que sacar de aquí a este cabrón —dice Hester—, o estaré bien jodida.

—Pues muévelo tú —dice el hombre. Ahora se siente más ligero que hace un momento, como si el mundo se hubiera ensanchado a su alrededor.

Hester intenta arrastrar al setelandés por el brazo, pero pesa demasiado. Se resbala con la sangre y se cae al suelo. Ríe un momento y luego empieza a gemir. El hombre abre la puerta del cobertizo del carbón y arrastra al setelandés por los talones hasta meterlo dentro.

—Lo encontrarán mañana —dice—. Yo ya me habré largado.

Ella se levanta, todavía tambaleante por la bebida, y trata inútilmente de limpiarse el barro de las faldas. El hombre da media vuelta para marcharse.

—Dame un chelín o dos, ¿no, cariño? —le grita Hester—. Por todas las molestias.

Tarda una hora en localizar al chico. Se llama Albert Stubbs y duerme en un conducto de drenaje bajo el puente norte; vive a base de restos y peladuras, y de algún que otro penique que gana haciendo recados a los borrachos que se reúnen en las hediondas tabernas del muelle mientras esperan que aparezca un barco.

Le ofrece comida. Le enseña el dinero que le ha robado al setelandés.

—Dime qué quieres —dice— y te lo compraré.

El chico lo mira sin hablar, como una alimaña sorprendida en su guarida. No huele mal, advierte el hombre; en medio de tanta porquería se las ha arreglado para mantenerse limpio, inmaculado, como si la oscuridad natural de su tez constituyera una protección contra el pecado y no, como algunos creen, una expresión de este.

—Da gusto verte —le dice el hombre.

El chico le pide ron y él se saca del bolsillo una graciosa botella ya mediada y se la ofrece. El chico bebe un buen trago; sus ojos adquieren un tono vidrioso y su feroz reticencia parece aplacarse.

—Yo me llamo Henry Drax —le dice el hombre, con la máxima suavidad de la que es capaz—. Soy arponero.  
16 Zarpo al amanecer en el *Volunteer*.

El chico asiente sin el menor interés, como si todo eso ya lo hubiera escuchado hace mucho. Tiene el pelo mohoso y deslucido, pero la pulcritud de su piel es inaudita; reluce bajo la claridad empañada de la luna como un pedazo de teca pulida. El chico anda descalzo y, del roce con el pavimento, las plantas de sus pies se han vuelto negras y callosas. Drax siente el impulso acuciante de tocarlo; en un lado de la cara quizá o en la punta huesuda del hombro. Será como una señal, piensa; un modo de empezar.

—Te he visto antes en la taberna —dice el chico—. Entonces no tenías dinero.

—Mi situación ha cambiado —le explica Drax.

El chico vuelve a asentir y bebe más ron. Debe rondar los doce años, piensa Drax, pero está mal desarrollado, como suele ocurrir con estos chavales. Alarga el brazo y le quita la botella de los labios.

—Deberías comer algo —dice—. Ven conmigo.

Caminan juntos sin hablar. Suben por Wincomlee y Sculcoates, pasan frente a la posada Whalebone y a los depósitos de madera. Se detienen en la panadería Fletcher's y Drax espera mientras el chico devora un pastel de carne.

Este, al terminar, se limpia la boca, reúne toda la flema que tiene en la garganta y la escupe en la zanja. De repente, parece mayor que antes.

—Conozco un sitio a donde podemos ir —dice, señalando el otro lado de la calle—. Por ahí, ¿ves?, en el astillero.

Drax deduce en el acto que debe de ser una trampa. Si entra en el astillero con el chico negro, lo molerán a palos y lo desvalijarán como a un hijo de la gran puta. Le sorprende que el chico lo haya subestimado hasta ese punto. Siente, primero, desprecio por su error de juicio y, luego, con más placer, el arranque tembloroso de una idea nueva, los inicios de un arrebato de furia.

—Aquí soy yo el que jode —le dice en voz baja—. Nunca el que acababa jodido.

—Ya lo sé —dice el chico—. Lo entiendo.

El otro lado de la calle está sumido en densas sombras. Hay una puerta de madera de tres metros, con la pintura verde medio desconchada, un muro de ladrillo y luego un pasaje sembrado de escombros. No hay luz en el pasaje y lo único que se oye es el crujido de las botas de Drax y los resuellos intermitentes y tuberculosos del chico. La luna amarillenta está alojada como un bolo de comida en la estrecha garganta del cielo. Al cabo de un minuto, salen a un patio con montones de toneles rotos y de flejes oxidados.

—Es por allí —dice el chico—. No está lejos.

Su rostro delata una impaciencia reveladora. Si Drax tenía alguna duda, ahora ya no le queda ninguna.

—Ven aquí —le dice.

El chico frunce el ceño y vuelve a señalar hacia donde

quiere que sigan caminando. Drax se pregunta cuántos compañeros suyos estarán esperándolos en el astillero y qué armas piensan emplear contra él. ¿De veras tiene pinta de ser un botarate que se deja robar por una pandilla de chicos? ¿Es esa la impresión que da a la gente?

—Ven aquí —repite.

El chico se encoge de hombros y se acerca.

—Vamos a hacerlo ahora —dice Drax—. Aquí mismo. No quiero esperar más.

El chico se detiene y menea la cabeza.

—No —dice—, el astillero es mejor.

La penumbra del patio lo vuelve más perfecto, piensa Drax, pule su preciosa apariencia para convertirla en una lúgubre belleza. Parece un ídolo pagano, ahí de pie; un tótem tallado en ébano, no como la figura de un chico, sino más bien como el ideal inalcanzable de un chico.

18 —¿Qué clase de idiota te has creído que soy? —pregunta.

El chico frunce el ceño un momento y luego le dirige una sonrisa seductora y poco convincente. Nada de esto es nuevo, piensa Drax, ya ha ocurrido otras veces, y volverá a ocurrir en otros lugares y en otras ocasiones. El cuerpo tiene sus tediosos patrones, sus rituales repetidos: la nutrición, la limpieza, el vaciado de los intestinos.

El chico le roza el codo y vuelve a indicarle la dirección por la que quiere que sigan. El astillero. La trampa. Drax oye el chillido de una gaviota por encima de su cabeza, percibe un intenso olor a betún y a pintura, vislumbra el despliegue sideral de la Osa Mayor. Agarra del pelo al chico negro y le da un puñetazo, y luego otro y otro —dos, tres, cuatro veces, muy deprisa, sin vacilación ni escrúpulos— hasta que nota los nudillos calientes y húmedos de sangre y el chico se desploma, inconsciente. Es delgado y huesudo, y no pesa más que un terrier. Drax le da la vuelta

y le baja los calzones. No halla placer en el acto, ni tampoco alivio, lo cual no hace sino aumentar su ferocidad. Se le ha escapado de las manos algo vivo, algo sin nombre pero también real.

Unas nubes de plomo y peltre oscurecen la luna llena; suena un estrépito de carretillas con llantas de hierro, y el gemido infantil de un gato en celo. Drax actúa deprisa y sin pensar, paso a paso, de un modo preciso e impasible, maquinal, aunque no mecánico. Él encara la realidad tal como un perro muerde un hueso: nada le parece inasible, nada se resiste a sus hoscós y feroces apetitos. Lo que el chico negro era ya ha desaparecido. Se ha desvanecido del todo, y, en cambio, ha aparecido otra cosa, algo absolutamente diferente. El patio se ha convertido en el escenario de una magia abominable, de una serie de transmutaciones sangrientas. Y Henry Drax es el furioso e impío ingeniero de ese proceso.



20 *D*espués de treinta años deambulando por la cubierta de popa, Brownlee se considera un buen conocedor de la naturaleza humana, pero ese nuevo tipo, Sumner, ese médico irlandés recién llegado del sublevado Punjab, constituye en verdad un caso complejo. Es un tipo bajo, de facciones estrechas, con una desagradable expresión socarrona y una infortunada cojera; y habla, por añadidura, con una bárbara y retorcida variante de la lengua inglesa. Y, no obstante, pese a estos múltiples y evidentes defectos, Brownlee intuye que servirá. Hay algo en la torpeza y en la misma indiferencia de ese joven, en su capacidad y su voluntad de no complacer, que Brownlee (quizá porque eso le recuerda a un tiempo más despreocupado y juvenil de su propia vida) encuentra extrañamente atractivo.

—Bueno, ¿y qué ocurrió con esa pierna? —pregunta Brownlee, meneando su propio tobillo a modo de estímulo. Están sentados en el camarote del capitán, a bordo del *Volunteer*, bebiendo brandy y repasando el viaje inminente.

—Una bala de mosquete de los cipayos —explica Sumner—. El hueso de la espinilla se llevó la peor parte.

—¿Eso fue en Delhi? ¿Después del asedio?

Sumner asiente.

—El primer día del asalto, cerca de la puerta de Cache-mira.

Brownlee pone los ojos en blanco y suelta un silbido.

—¿Vio cómo mataron a Nicholson?

—No, pero vi su cuerpo después, cuando ya estaba muerto, en el Delhi Ridge. En lo alto de la colina.

—Un hombre extraordinario, Nicholson. Un gran héroe. Dicen que los negros lo adoraban como a un dios.<sup>1</sup>

Sumner se encoge de hombros.

—Tenía un guardaespaldas pastún, un cabronazo enorme llamado Khan, que dormía junto a su tienda para protegerlo. Según los rumores, eran novios.

Brownlee menea la cabeza sonriendo. Lo ha leído absolutamente todo sobre John Nicholson en el *Times* de Londres: cómo guio a sus hombres bajo un calor extremo sin sudar ni pedir agua una sola vez, cómo partió limpiamente en dos a un cipayo rebelde de un solo tajo de su poderosa espada. Sin hombres como Nicholson (severos, inflexibles, crueles cuando era necesario), Brownlee cree que el Imperio se habría perdido del todo hace mucho. Y sin el Imperio, ¿quién compraría el aceite y la barba de ballena?

—Envidias —dice—, rencores, nada más. Nicholson es un gran héroe; un poco salvaje a veces, según he oído, pero ¿qué esperaban?

—Yo lo vi ahorcar a un hombre solo por sonreírle; y el pobre desgraciado ni siquiera le estaba sonriendo.

—Hay que poner límites, Sumner —le dice Brownlee—. Han de mantenerse las normas civilizadas. A veces hemos de combatir el fuego con el fuego. Los negros ma-

1. Para los colonizadores británicos, tanto los africanos como los asiáticos eran «negros». (*N. del T.*)

taron mujeres y niños, al fin y al cabo; las violaron, rebanaron sus cuellos diminutos. Una cosa así exige una legítima venganza.

Sumner asiente y baja la vista a sus pantalones negros, que ya están grises en las rodillas, y a sus botas sin lustrar. Brownlee se pregunta si su nuevo médico es un cínico o un sentimental, o (¿es posible siquiera?) un poco de ambas cosas.

—Sí, hubo mucho de eso —dice Sumner, volviéndose hacia él con una sonrisa—. Un montón de legítima venganza, ya lo creo.

—¿Y por qué dejó la India? —pregunta Brownlee, removiéndose un poco en el banco tapizado—. ¿Por qué abandonó el 61 de infantería? ¿No fue por la pierna?

—No, por Dios. La pierna no era ningún problema.

—¿Por qué, entonces?

22 —Me cayó un dinero del cielo. Seis meses atrás, mi tío Donal murió de golpe y me dejó su granja lechera en el condado de Mayo: cincuenta acres de tierra, vacas, una lechería. Vale al menos mil guineas, seguramente más; sin duda, lo bastante para comprarme una hermosa casita en el campo y un consultorio respetable en algún lugar tranquilo pero acomodado de la costa: Bognor, Hastings, Scarborough posiblemente. Me gusta el aire marino, ¿sabe?, y me gustan los paseos marítimos.

Brownlee tiene serias dudas de que las honradas viudas de Scarborough, Bognor o Hastings vayan a querer que se ocupe de sus achaques un tipo canijo y rengo de la Irlanda profunda, pero prefiere guardarse su opinión.

—Entonces, ¿qué está haciendo conmigo aquí —pregunta—, en un ballenero de Groenlandia? Un famoso propietario irlandés como usted, quiero decir.

Sumner sonrío ante el sarcasmo, se rasca la nariz y prefiere pasarlo por alto.

—Hay complicaciones legales con la herencia. Han aparecido de no se sabe dónde unos misteriosos primos con una contrademanda.

Brownlee suspira, compasivo.

—Es lo que ocurre siempre —dice.

—Me han dicho que el caso podría tardar un año en resolverse, y hasta entonces no tengo mucho que hacer con mi persona, ni tampoco dinero para pagarlo. Estaba de paso en Liverpool, después de visitar a los abogados en Dublín, cuando me tropecé con su señor Baxter en el bar del hotel Adelphi. Entablamos conversación y, cuando él supo que yo era un antiguo médico del ejército necesitado de un empleo retribuido, sumó dos y dos y, bueno, aquí me tiene.

—Es de lo más astuto, ese Baxter —dice Brownlee con un destello en la mirada—. Yo mismo no me fío de ese bastardo. Sospecho que tiene una porción de sangre hebreas en sus venas marchitas.

23

—A mí me parecieron bien las condiciones que me ofreció. No espero hacerme rico pescando ballenas, capitán, pero al menos me servirá para mantenerme ocupado mientras se mueven los engranajes de la justicia.

Brownlee se sorbe la nariz.

—Bueno, nosotros nos aprovecharemos de usted de un modo u otro —dice—. Siempre hay trabajo para los bien dispuestos.

Sumner asiente, termina su brandy y deja el vaso en la mesa con un leve chasquido. La lámpara de aceite colgada del techo sigue apagada, pero las sombras en los rincones del camarote se van adensando y extendiendo a medida que la luz del exterior empieza a declinar, y más aún cuando el sol se oculta tras el amasijo de hierro y ladrillo de las chimeneas y los tejados.

—Estoy a su servicio, señor —dice Sumner.

Brownlee se pregunta por un momento qué significa eso, pero enseguida decide que no significa nada. Baxter no es de los que revelan los secretos a cualquiera. Si ha escogido a Sumner por algún motivo (además de los evidentes: disponibilidad y bajo coste), es solo porque el irlandés es un joven flexible y de trato fácil, y porque obviamente tiene otras ambiciones.

—Por lo general, no hay demasiadas incidencias médicas que atender en un ballenero. Cuando los hombres enferman, una de dos: o se recuperan por sí solos, o se dan por vencidos y se mueren. Esa, al menos, es mi experiencia. Las pócimas no cambian mucho las cosas.

Sumner arquea las cejas, pero no parece acusar ese menosprecio a su profesión.

—Debería ponerme a revisar el botiquín —comenta, sin mucho entusiasmo—. Quizás haya que añadir o reemplazar algunos artículos antes de zarpar.

—El botiquín está guardado en su camarote. Hay un boticario en Clifford Street, junto al Freemason's Hall. Compre todo lo que necesite y diga que manden la factura al señor Baxter.

Los dos hombres se levantan de la mesa. Sumner le tiende la mano y Brownlee se la estrecha brevemente. Se observan un momento, como si aguardaran la respuesta a alguna pregunta secreta que no se atreven a formular en voz alta por temor o por cautela.

—Eso no le gustará demasiado a Baxter, supongo —dice Sumner finalmente.

—El cabrón de Baxter —murmura Brownlee.

Media hora más tarde, Sumner se sienta sobre el camastro y humedece el lápiz con la lengua. Su camarote tiene las dimensiones del mausoleo de un bebé y, ya antes

de empezar el viaje, está impregnado de un hedor agrio y vagamente fecal. Examina con escepticismo el botiquín y empieza a hacer la lista de compras: «bicarbonato de amonio, sal de Glauber, alcohol de escila», escribe. De vez en cuando, destapa uno de los frascos y husmea su contenido reseco. No ha oído hablar en su vida de la mitad de los preparados: ¿tragacanto?, ¿guaiacum?, ¿alcohol de Londres? No es de extrañar que Bronwlee crea que las «pócimas» no funcionan; la mayor parte de estos mejunjes parecen sacados de un jodido drama de Shakespeare. ¿Acaso era una especie de druida el médico anterior? «Láudano», escribe a la luz amarillenta de una lámpara de sebo; «absenta, píldoras de opio, mercurio». ¿Habrà mucha gonorrea entre la tripulación del ballenero?, se pregunta. Seguramente no, porque las putas en el círculo ártico deben de ser más bien escasas. En cambio, a juzgar por la cantidad de sales de Epsom y aceite de castor que hay en el botiquín, el estreñimiento debe constituir un problema considerable. Las lancetas, observa, son todas antiquísimas y están desafiladas y cubiertas de óxido. Tendrá que hacerlas afilar antes de practicar una sangría. Probablemente ha sido una buena idea que se trajera sus propios escalpelos y una sierra para huesos bastante nueva.

25

Tras un rato, cierra el botiquín y lo empuja bajo el camastro, donde reposa junto al magullado baúl de hojalata que ha acarreado desde la India. Por costumbre, de forma automática, y sin bajar la vista siquiera, Sumner sacude el candado del baúl y luego se palpa el bolsillo del chaleco, para comprobar que la llave sigue en su sitio. Una vez tranquilizado, se levanta y sale del camarote, sube por la angosta escalerilla y accede a la cubierta del barco. Hay un olor a barniz, a virutas de madera y tabaco de pipa en el ambiente. Están cargando barriles de carne y montones de duelas de tonel en la bodega de proa; alguien clava unos

clavos a martillazos en el techo de la cocina; hay varios hombres encaramados entre los aparejos con potes de brea. Un perro pasa por su lado y se detiene de repente para lamerse. Sumner hace un alto junto al palo de mesana y observa el muelle. No hay nadie que él conozca. El mundo es inmenso, se dice, y él no pasa de ser un puntito insignificante que fácilmente podría desaparecer y olvidarse. Este pensamiento, que normalmente no resulta agradable a nadie, a él le complace. Su plan es disolverse, disiparse, y solo después, al cabo de un tiempo, reformarse. Baja por la pasarela y se dirige a la botica de Clifford Street, donde entrega la lista que ha confeccionado. El boticario, un tipo calvo y cetrino al que le faltan varios dientes, la examina y levanta la vista.

—Esto no está bien —dice—. No para la travesía de un ballenero. Es demasiado.

26 —Baxter se encargará de pagarlo todo. Puede mandarle directamente la factura.

—¿Baxter ha visto esta lista?

En el interior de la tienda, lúgubre y oscuro, el aire acre está cargado de un intenso olor a linimento. El boticario tiene las yemas de los dedos manchadas de un reluciente color anaranjado, y las uñas, curvadas y correosas; bajo sus mangas enrolladas, Sumner vislumbra el borde de un antiguo tatuaje.

—¿No creerá que voy a molestar a Baxter con sandeces como esta? —dice.

—Será él quien se moleste cuando vea la jodida factura. Conozco a Baxter, y es un tacaño de cuidado.

—Usted sírvame el pedido —dice Sumner.

El hombre menea la cabeza y se restriega las manos en el mandil salpicado de manchas.

—No puedo darle tanta cantidad de esto —dice, señalando el papel, que ha dejado sobre el mostrador—. Ni



tampoco de esto. Si lo hago, no lo cobraré. Le daré la medida habitual de ambas cosas y nada más.

Sumner se inclina hacia delante, pegando la barriga al mostrador barnizado.

—Acabo de regresar de las colonias —explica—. De Delhi.

El hombre se encoge de hombros; luego se mete el dedo índice en el oído derecho y hurga ruidosamente.

—Le puedo vender un buen bastón de abedul para esa cojera —dice—. Con mango de marfil o de hueso de ballena, como usted prefiera.

Sin responderle, Sumner se aparta del mostrador y empieza a echar un vistazo a la tienda, como si de repente tuviera un montón de tiempo en sus manos y nada tangible para llenarlo. Las paredes están atestadas de todo tipo de matraces, frascos y botellas con líquidos, ungüentos y polvos. Detrás del mostrador hay un gran espejo amarillo que refleja el mundo reverso de la calva del boticario. A un lado del espejo hay una batería de cajones de madera cuadrados, cada uno con una placa de identificación y una sola asa en el centro; al otro lado hay unos estantes con todo un retablo de animales disecados en una serie de poses combativas y melodramáticas. Hay una lechuza blanca a punto de devorar un ratón de campo; un tejón en perpetuo combate con un hurón, y un gibón en el momento de ser estrangulado por una serpiente jarretera.

27

—¿Ha disecado usted estos animales? —pregunta Sumner.

El hombre aguarda un momento; luego asiente.

—Soy el mejor taxidermista de la ciudad —dice—. Puede preguntárselo a cualquiera.

—¿Y cuál es la bestia más grande que ha llegado a disecar? La más enorme. Dígame.

—He disecado una morsa —dice el calvo sin darle mu-

cha importancia—. También un oso polar. Los traen de los barcos que vienen de Groenlandia.

—¿Un oso polar, dice?

—Así es.

—Un jodido oso —repite Sumner, ahora con una sonrisa—. Eso sí que me gustaría verlo.

—Lo presenté de pie, sobre las patas traseras —dice el calvo—, con sus terribles garras rasgando el aire gélido. Así. —Alza sus manos manchadas de color naranja y adopta una expresión feroz, como en un gruñido congelado—. Lo hice para Firbank, ese rico cabronazo que vive en una gran casa en Charlotte Street. Creo que aún lo tiene en su espléndido vestíbulo, junto al perchero de hueso de ballena.

—¿Y se atrevería a disecar una ballena de verdad? —pregunta Sumner.

El boticario menea la cabeza y se echa a reír.

28

—Una ballena no puede disecarse —dice—. Aparte del tamaño, que hace la tarea imposible, las ballenas se pudren demasiado deprisa. Y, además, ¿para qué querría un hombre en sus cabales una maldita ballena disecada?

Sumner asiente y vuelve a sonreír. El calvo suelta una risita entre dientes solo de pensarlo.

—He hecho montones de lucios —prosigue vanidosamente—. He hecho nutrias. Una vez me trajeron un ornitorrinco.

—¿Qué me dice si cambiamos los nombres? —propone Sumner—. Digo, en la factura. Ponga que es absenta. Ponga que es calomelano, si quiere.

—El calomelano ya lo tenemos en la lista.

—Pues absenta. Pongamos que es absenta.

—Podríamos poner que es vitriolo azul —propone el hombre—. Algunos médicos se llevan una gran cantidad.

—Pues ponga que es vitriolo azul, y lo otro, absenta.

El hombre asiente y hace un rápido cálculo mental.

—Una botella de absenta —dice— y tres onzas de vi-  
triolo servirán aproximadamente para cubrirlo. —Se gira  
y empieza a abrir cajones y a coger matraces de los estan-  
tes. Sumner se apoya otra vez en el mostrador y observa  
cómo hace su trabajo: pesar, tamizar, triturar y cerrar her-  
méticamente con un tapón.

—¿Usted ha navegado también en un ballenero? —pre-  
gunta.

El boticario menea la cabeza sin levantar la vista.

—La pesca en Groenlandia es peligrosa —dice—. Yo  
prefiero quedarme en casa, donde se está seco y abrigado,  
y donde el riesgo de una muerte violenta es mucho menor.

—Es un hombre sensato.

—Cauto, simplemente. He visto muchas cosas.

—Entonces es un hombre afortunado —responde  
Sumner, volviendo a recorrer la mugrienta botica con la  
vista—. Afortunado por tener tanto que perder.

29

El hombre alza los ojos para ver si está burlándose de  
él, pero la expresión de Sumner es totalmente sincera.

—No es mucho —dice—, comparado con otros.

—Es algo.

El boticario asiente, ata el paquete con bramante y lo  
empuja hacia el otro lado del mostrador.

—El *Volunteer* es un buen cascarón —dice—. Sabe  
abrirse paso por los campos de hielo.

—¿Y qué hay de Brownlee? He oído que tiene mala  
suerte.

—Baxter confía en él.

—Así es —dice Sumner, recogiendo el paquete y po-  
niéndoselo bajo el brazo; luego se inclina para firmar el  
recibo—. ¿Y qué piensa usted del señor Baxter?

—Que es rico —responde el boticario—; y en estas la-  
titudes, ningún hombre suele hacerse rico siendo un es-  
túpido.

Sumner sonríe y hace un breve gesto de despedida.  
—Así es —dice.

Ha empezado a llover y, por encima del olor de fondo a casquería y mierda de caballo, el aire tiene ahora un benigno toque de frescor. En vez de volver al *Volunteer*, Sumner gira a la izquierda y entra en una taberna. Pide ron y se lleva el vaso a una desaliada recámara lateral donde hay una chimenea apagada y una vista poco atractiva del patio adyacente. Ahí no hay nadie sentado. Desata el paquete del boticario, saca una de las botellas y vierte la mitad del contenido en su vaso. El oscuro ron se oscurece todavía más. Sumner inspira hondo, cierra los ojos y engulle el mejunje de un largo trago.

30 Quizás ahora es libre, piensa mientras aguarda a que la droga surta efecto. Quizás esa es la mejor forma de entender su estado actual. Después de todo lo que ha arrostrado: la traición, la humillación, la pobreza, la deshonra, la muerte de sus padres a causa del tifus, la muerte de William Harper a causa de la bebida, los innumerables esfuerzos descaminados o abandonados, las ocasiones perdidas, los planes frustrados. Después de todo eso, al menos sigue vivo. Ha ocurrido lo peor,  no es así?, y, sin embargo, sigue indemne, todavía vivo, todavía alentando. Ahora no es nada, desde luego ( m dico de un ballenero de Yorkshire!,  qu  recompensa es esa por sus prolongados esfuerzos?); pero no ser nada significa también, visto desde otro ángulo, ser cualquier cosa.  No es ese el caso? Ya que no perdido,  en libertad?  Libre? Y este miedo que siente actualmente, esta sensación de perpetua incertidumbre, debe de ser —decide— solo un síntoma sorprendente del estado de indeterminación en el que se encuentra ahora.

Sumner siente un momento de gran alivio ante esta conclusión tan clara y lógica, tan rápida y fácilmente alcanzada, pero luego, casi de inmediato, casi antes de haber podido disfrutar de esa nueva sensación, cae en la cuenta de que la suya es la libertad de un vagabundo o de una bestia salvaje. Si él es libre, en su actual estado, entonces esta mesa que tiene delante también es libre, y lo mismo este vaso vacío. ¿Y qué significa «libre», en realidad? Esos conceptos son frágiles como un trozo de papel: se arrugan, se desgarran a la menor presión. Solo cuentan los actos, piensa por enésima vez; solo cuentan los hechos. Todo lo demás es humo y niebla. Apura el vaso y se relame los labios. Es un grave error pensar demasiado, se recuerda a sí mismo, un grave error. La vida no se descifra, no se sojuzga a base de cháchara; hay que vivirla, hay que sobrevivirla, del modo que a uno le sea posible.

Sumner echa la cabeza hacia atrás, apoyándola en la pared encalada, y atisba vagamente hacia la puerta, que está en el lado opuesto. Ve al tabernero ahí al fondo, detrás de la barra; oye un tintineo de peltre, el estrépito de una trampilla al cerrarse. Siente que crece en su pecho una cálida oleada de claridad y alivio. Es el cuerpo, piensa, no la mente. Es la sangre, la química, lo que cuenta. Pasan unos minutos más y ya se siente mucho mejor acerca de sí mismo y del mundo en general. El capitán Brownlee, piensa, es un buen tipo, y Baxter también lo es a su manera. Ambos son hombres responsables. Creen en lo más básico: acción y consecuencia, captura y beneficio; creen en la sencilla geometría de causa y efecto. ¿Y quién puede afirmar que se equivocan? Baja la vista a su vaso vacío y se pregunta si será prudente pedir otro. Ponerse de pie no debería representar un problema, piensa; pero ¿hablar? Nota la lengua floja y ajena; no está seguro de lo que saldría si lo intentara: ¿qué idioma exactamente?, ¿qué clase

de sonidos? El tabernero, como percibiendo su dilema, mira en su dirección y Sumner alza su vaso vacío.

—Sí, ya lo creo —dice el hombre.

Sumner sonríe ante la simple elegancia de este intercambio: la necesidad percibida, la satisfacción ofrecida. El tabernero entra en la recámara lateral con una botella mediada de ron y le llena el vaso hasta arriba. Sumner asiente, dándole las gracias. Todo arreglado.

Afuera está oscuro y ha dejado de llover. El patio se halla vagamente iluminado por una luz gaseosa y amarillenta. De la habitación contigua le llegan voces de mujeres riendo ruidosamente.  Cu nto llevo sentado aquí?, se pregunta de repente.  Una hora?,  dos? Termina su bebida, vuelve a atar el paquete del boticario y se levanta. La recámara parece mucho más pequeña ahora que cuando ha entrado. La chimenea sigue apagada, pero han colocado cerca de la puerta una lámpara de aceite sobre un taburete. Entra con cuidado en la habitación contigua, echa un vistazo alrededor, saluda a las damas llevándose los dedos al ala del sombrero y alcanza la calle.

El cielo nocturno está abarrotado de estrellas: el magnífico despliegue zodiacal y, entre medias, el resplandor densamente moteado de las demás estrellas innominadas. «El cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí.» Mientras camina, se acuerda de la sala de disección de Belfast, del viejo y repulsivo blasfemo de Slattery practicando incisiones alegremente en un cadáver. «Por ahora, no hay la menor señal de un alma inmortal en este sujeto, caballeros», bromeaba mientras hurgaba y tironeaba, sacando fuera los intestinos igual que un ilusionista saca banderines de colores; «ni tampoco de sus exquisitas facultades de raciocinio. Pero voy a seguir buscando». Se acuerda de los tarros de cristal con cerebros seccionados, que flotaban de un modo absurdo como coliflores encur-

tidas, con sus esponjosos hemisferios totalmente desprovistos de pensamiento o deseo. La naturaleza superflua de la carne, piensa, su impotencia radical. ¿Cómo podemos conjurar al espíritu en un amasijo de huesos? Y, no obstante, a pesar de todo ello, sigue pensando, esta calle tiene un aspecto precioso: el brillo rojizo de los ladrillos húmedos a la luz de la luna, el eco de los tacones de cuero en las losas de piedra, los pliegues de un paño fino en la espalda de un hombre, de un chal de franela en torno a las caderas de una mujer. Los giros y los gritos de las gaviotas, el chirrido de las carretillas, las risas, los juramentos, todo ello: las notas descarnadas de la noche, agrupándose en sutiles armónicos, como en una sinfonía primitiva. Después del opio, esto es lo que más le gusta: estos olores, estos sonidos y visiones, la aglomeración y el clamor de su belleza fugaz. Por todas partes una repentina nitidez de la que carece el mundo ordinario, un vigor y un empuje inusitados.

33

Deambula por las plazas y las callejas, pasando junto a patios llenos de cuchitriles, junto a las casas de los ricos. No tiene ni idea de dónde está el norte, ni de por qué lado queda ahora el muelle, pero sabe que al final se las arreglará para deducir el camino de vuelta. En tales ocasiones, ha aprendido a no pensar, a confiar en el instinto. ¿Por qué la ciudad de Hull, por ejemplo? ¿Por qué la maldita pesca de la ballena? No tiene sentido, y en eso radica el genio del instinto. En su falta de lógica, en su manera de rozar la idiotez. La inteligencia, piensa, no te lleva a ninguna parte; son solo los estúpidos, los magníficamente estúpidos, los que heredarán la tierra. Al entrar en la plaza mayor, se tropieza con un andrajoso mendigo sin piernas que se arrastra por el oscuro pavimento impulsándose con las manos y silbando *Nancy Dawson*.

Los dos se detienen a charlar.



Título original: *The North Water*

© Ian McGuire, 2016

Primera edición en este formato: septiembre de 2016

© de la traducción: Santiago del Rey

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

ISBN: 9788416700288

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.